



ACTO TERCERO

Interior de una torre del castillo de Roquefort, con vista del campo. En este interior hay dos puertas, una en el fondo y otra á la izquierda, y una ventana alta á la derecha.—Una lámpara colgada de la bóveda ilumina la escena. El exterior representa parte de la muralla que cerca el castillo, en la cual habrá una puerta con su puente levadizo practicable. El foso sobre que cae este puente toma el agua de un torrente ó cascada que se despeña en lontananza por las montañas.

ESCENA PRIMERA

ARGENTINA y JENARO, dentro de la torre.

ARGENTINA

No, el infeliz no se calma;
esa visión espantosa
no se aparta de sus ojos,
y oyendo está á todas horas
esa carcajada horrible.

JENARO

¡Ah! Reportaos, señora:
sólo el tiempo es el que puede
calmar su afán.

ARGENTINA

Te equivocas,
Jenaro; cuenta los días
con constancia escrupulosa,
y ese vano emplazamiento
no sale de su memoria.
¡Ay de mí!

JENARO

Ese hombre, á la puerta
está aguardando, señora.

ARGENTINA

Mas ¿quién le envía? ¿Qué quiere?

JENARO

De vuestro padre se nombra
mensajero.

ARGENTINA

(Con dolor.)

¡De mi padre!

No quiero verle; me ahoga
el empacho y la vergüenza,
y hallar no sabré en mi boca
palabras con que ocultarle
el pesar que me devora,
¡Mi padre! Vendrá á culparme
mi condición.... y le sobran
las razones: ¡ay! á ellas,
¿qué he de replicarle ahora?
No, no; que nunca penetre
esta amargura recóndita
con que la tenaz conciencia
el corazón me destroza.
Dile que parta, que nunca
vuelva á Roquefort.

JENARO

¡Señora!

ARGENTINA

No quiero verle, Jenaro.

JENARO

Mas pensarán en Tolosa....

ARGENTINA

Cuanto quieran imaginen,
que en dulce y encantadora
soledad paso la vida,
enamorada y dichosa.
Que ciega y desatentada
con esta pasión diabólica
que el corazón me esclaviza,
ni ver ni oír otra cosa
que mi amor, quiero..... Sí; júzguenme
como les plazca, en buen hora,
mas que no entiendan, Jenaro,
que con este amor á solas,
de Roquefort encerrada
en la vivienda más lóbrega,
maldigo la desventura
de existencia tan odiosa.
Que parta, pues, y que parta
sin verme.

JENARO

Ved que os importan
las nuevas que á daros viene,
pues que tan de cerca os tocan.

ARGENTINA

No quiero oírlas; que parta.

JENARO

Es que si veros no logra,
amenaza día y noche
con esperaros.

ARGENTINA

En cólera
cambiará ese hombre mi duelo,
y hará que por todo rompá.

JENARO

Al menos, de vuestro padre
por la sagrada memoria,
recíbidle, porque nunca
imagine que injuriosa
afrenta hacerle quisisteis
de ese enviado en la persona.

ARGENTINA

Condúcele, pues, aquí,
y esa idea vergonzosa

no pase nunca por él,
que al fin soy su sangre propia.

ESCENA II

ARGENTINA

Permite, indignado cielo,
que sufra el dolor yo sola,
pues mía es sólo la culpa
como es mía la deshonra.
Permite que á sus oídos
llegue mi voz mentirosa,
y crea el triste mi falsa
felicidad ilusoria.
Permite, sí, que me juzgue
ese buen padre que llora
la afrenta que hago á su estirpe,
cuanto culpable dichosa,
y goce con ese engaño.....

ESCENA III

ARGENTINA, GINÉS y JENARO

GINÉS

Dejadnos á ambos á solas.

JENARO

Es imposible, buen hombre.

ARGENTINA

¿Quién va?

GINÉS

Perdonad, señora.

¿Sois Argentina?

ARGENTINA

¿Sois vos
quien á mi padre me nombra
para pedirme una audiencia?

GINÉS

Sí. Y no os extrañe la hora,
ni os asombren, para veros,
palabras tan perentorias.

ARGENTINA

Pues os recibo, ya veis
que nada de vos me asombra.
Las gentes de mi castillo,
á una seña mía prontas,
no os dieran tiempo á lograr
cualquier intención traidora.

GINÉS

Es que lo que he de deciros
es fuerza que sólo lo oigan
vuestros oídos.

ARGENTINA

Buen hombre,
recelos me dais ahora
de que vuestras intenciones
no son de lo que blasonan.

GINÉS

Serenaos, Argentina.
Ya sé que con recelosa
previsión, de este castillo
se guardan las puertas todas.
Ya sé que nadie penetra
bajo sus antiguas bóvedas
sin un examen prolijo
y sin que satisfactorias
razones de sus intentos
con ingenuidad esponga.
Ya sé que en este castillo
el miedo y el pesar moran.

ARGENTINA

¡Miserable!

GINÉS

Reportaos,
que habláis con una persona
que os ha mecido en la cuna
en la corte de Tolosa,
de vuestra agitada vida
en la malhadada aurora.

ARGENTINA

¿Quién sois, pues? Vuestras palabras
en el corazón me tocan,
y vuestra voz reconozco.
¿Quién sois?

GINÉS

Miradme, señora.

ARGENTINA

¡Ginés!

GINÉS

Ginés, que ha dos meses
que vuestro castillo ronda
para lograr este instante.
Conque los espías sobran.

(Á una seña de Argentina sale Jenaro.)

ESCENA IV

ARGENTINA y GINÉS

GINÉS

Inútil será que os diga
lo que mi viaje ocasiona.....
¡Ah! No me tornéis el rostro;
ya sé que tristes memorias
en vos mi presencia excita;
mas perdonadme. En Tolosa
queda un anciano que ha un año
que vuestra pérdida llora.
¡Pobre Conde, vuestro padre:
el aliento le abandona,
las pesadumbres le acaban!

ARGENTINA

¡Ah, callad!

GINÉS

De Burgos loca
huisteis....., mas no toquemos
tan lastimeras memorias:
huisteis enamorada,
ansiendo más venturosa
vida..... y ciega por el hombre
que pérfido os abandona.

ARGENTINA

¿Qué es lo que dices, Ginés?

GINÉS

Fingís en vano, señora;
yo os acecho hace dos meses

bajo apariencia engañosa.
Ya como pobre mendigo,
ya de campesino en forma,
os seguí por todas partes
con vista escudriñadora,
y os encontré en la alameda,
y en la caza.....; sí, y en todas
partes, pálida, sombría,
solitaria y melancólica
os vi, cual juguete inútil
que fastidia y se abandona.

ARGENTINA

¿Qué estás diciendo, menguado?

GINÉS

Yo, que pasé tormentosa
una existencia también,
fuerza es que el mundo conozca.
La edad ha dado á mis ojos
perspicacia portentosa,
y á mi corazón prudencia
y experiencia previsora.
Roquefort ama, Argentina,
pero tal vez no á vos sola,
y os asesinan los celos.....
¡Ayl De una manera ó de otra,
concluirá por odiaros.

ARGENTINA

¡Serpiente fascinadora,
detén esa torpe lengua!
¡Por cierto que es prodigiosa
tu perspicacia, y los años
te han dado experiencia local!

GINÉS

En vano disimuláis
vuestra situación, señora,
y escuchad: yo soy un viejo,
pero decisión me sobra,
y Dios ayuda á los buenos.
Esta mansión, donde mora
vuestra deshonra y su crimen,
dejad, y resuelta y pronta
venid donde vuestro padre
vuestras desventuras llora.
Sí; huyamos de esta caverna,
partámonos á Tolosa,

donde á lo menos con lágrimas
lavaréis vuestra deshonra.

ARGENTINA

¡No, buen viejo, que hay injurias
que con llanto no se borran!

GINÉS

Y esas injurias, ¿por qué
te avergüenzan ó te enojan,
cuando aquí con tu presencia
tú te injurias á ti propia?
Vuelve á tu padre; á tu nido
vuelve, extraviada paloma;
cruza, golondrina errante,
la mar, y á tu patria torna.

ARGENTINA

¡Nunca, Ginés! Yo á los brazos
del buen Conde de Tolosa,
que en honra me había criado,
¿podría volver sin honra?
¡Jamás! El viento impetuoso
de mi suerte borrascosa
seguiré, y sea, buen viejo,
la que quiera mi derrota.

GINÉS

¡Ah! Cede, pobre Argentina,
por compasión á ti propia.
Serás de ese libertino
víctima al fin.

ARGENTINA

Te trastorna,
Ginés, tu crédulo engaño.
Roquefort me ama, me adora,
pero me castiga el cielo
con esa pasión diabólica.
Por mí atropelló peligros,
cometió acaso espantosas
culpas que al cielo indignaron,
faltó á su palabra propia,
y provocó una venganza
que amaga tal vez muy próxima.
Sí, Ginés, por mí tan sólo,
por mí vive entre estas rocas,
con mi presencia encantado,
é idolatrando mi sombra;
mas este amor es un crimen,

y el cielo que siempre abona,
al justo, con este amor
la vida nos emponzoña.
Locura fatal le asalta,
pánico terror le acosa,
y mi mismo amor maldice,
que es el bien solo que logra.

GINÉS

Huye de él, pobre Argentina,
húyete.

ARGENTINA

¡Huirle, y ahora
que espera sólo en mi amparo
una salvación dudosa!

GINÉS

Acuérdate de tu padre,
que desconsolado llora.

ARGENTINA

Puede mi amor más en mí.

GINÉS

Pues bien, oye lo que ignoras:
te reclama el castellano
con voz amenazadora;
ha enviado á tu pobre padre
una embajada afrentosa,
fijando un plazo á seis meses,
y con saña vengadora,
sí en ellos á ti no alcanza,
guerra fatal le provoca.

ARGENTINA

¡Seis meses!

GINÉS

Seis, y al fin de ellos
nadará en sangre Tolosa:
vuelve á tu padre, y.....

ARGENTINA

¡No, nunca!

GINÉS

Vas á la muerte.

ARGENTINA

No importa.

GINÉS

Bien; pues tu negra fortuna
y tu porvenir arrostra.
Castilla y Tolosa á un tiempo
su ira sobre ti desploman.

(Va á salir.)

ARGENTINA

Aguarda, Ginés; aguarda,
miserico anciano, y perdona
á mi pobre corazón,
presa de horribles congojas.

GINÉS

No, no hay perdón, Argentina;
ó este castillo abandonas
para siempre....., ó tu destino
fatal se cumple.

ARGENTINA

En buen hora.

Yo le amo, Ginés; no puedo
con esta pasión furiosa
que mis sentidos cautiva
y ante Roquefort me postra.

GINÉS

¡Maldiga Dios, hija infame,
esa pasión que te torna,
para quien busca tu dicha,
en víbora venenosa!
¡Maldígala Dios mil veces,
y traiga pronto la hora
en que su plazo se cumpla,
y en que la guerra se rompa!

(Vase.)

ESCENA V

ARGENTINA

Cúmplase de una vez, cúmplase el plazo
que amaga por doquier nuestra cabeza;
de este agüero fatal rómpase el lazo,
yo arrostraré mi suerte con fiereza.
Volvería tal vez, si sólo amante
mi pobre corazón se lastimara;
si fugitiva, satisfecha, errante,
mi patrio suelo sin razón dejara.

No quedando al volver tras de mi huella
ese infeliz Lotario, ¡oh! volvería;
mas tal resolución le mataría:
¡no, jamás volveré, pese á mi estrella!

(Asoma Lotario y escucha.)

¡Seis meses! Reconozco de tu mano
la negra marca, miserable mora:
tú das al corazón del castellano
el temple de tu saña vengadora.

ESCENA VI

ARGENTINA y LOTARIO

LOTARIO

¿Quién habla de venganza? ¿Quién au-
de ese plazo fatal el cumplimiento? [gura
¿A quién esas palabras de amargura
torpe revela tu traidor acento?
«Reconozco, dijiste, de tu mano
la negra marca, miserable mora.»
¿A quién contabas, corazón villano,
ese secreto aterrador ahora?
¿De quién era esa voz que yo escuchaba
contigo aquí? Respóndeme, Argentina:
¿quién en este salón contigo estaba?
¡Callas! ¡Ay, tu silencio me asesina!
¿Conque es verdad al fin? Pobre alma mía,
¿conque también á ti se te aparece
esa horrible visión? ¿No es fantasía
que en mi abrasada frente se guarece?

ARGENTINA

Calma, Lotario, calma la tormenta
de tu agitado corazón: ni ahora
ni nunca, esa visión que te amedrenta
se mostró ante mis ojos vengadora.

LOTARIO

Mas hablabas de un plazo.... ¿Quién te oía?

(La toca.)

¡Fria tu mano está, tu rostro pálido!
¡Ay! Bien mi corazón me lo decía,
contigo estaba mi fantasma escuálido.
¿Qué quería de ti? Dímelo.

ARGENTINA

Nada.

Serénate, mi bien.

LOTARIO

Luz de mis ojos,
perdona á mi cabeza trastornada
mis ayes, mis quimeras, mis antojos.
¿Tú me dices que no? Bien, yo te creo.
No quiero, no, que nunca te atormente
ni cuidado ni afán; y sobre todo,
te prohibo, Argentina, es mi deseo,
que no mires jamás á ese torrente.

ARGENTINA

Bien; nunca miraré si lo deseas.

LOTARIO

No te asomes jamás á esa ventana;
y esto no es un capricho, no lo creas

ARGENTINA

Lo haré así, Roquefort, de buena gana.

LOTARIO

¡Oh! Tú eres, alma mía,
el ángel puro que mis pasos guía,
la blanca luz que alumbró mi camino
por el largo erial de mi destino.
Sólo á tu lado cesa
ese vago temor que me persigue,
esa sentencia que en mi frente pesa,
esa visión que por doquier me sigue.

ARGENTINA

Ya te asalta otra vez tu desvarío:
aleja de tu mente esas visiones;
háblame de tu amor, habla del mío.

LOTARIO

¡Desvarío, Argentina, le supones!
¡Ah! Tú no sabes la sangrienta historia
de esa visión que sale por doquiera
mis ojos á espantar y mi memoria
con torva faz y carcajada fiera.
¡Oh! Sí; si tus oídos la alcanzaran,
si la vieran tus ojos cual los míos,
tu corazón también amedrentaran
esos que llamas tú mis desvaríos.
Si la vieras en torno eternamente,
ya atravesar la atmósfera vacía, [Oriente,
ya extenderse ante el sol de Ocaso á
ya plegarse en la bóveda sombría;

si al abrir una puerta, una ventana,
al cruzar un salón, un pasadizo,
vieras cual yo de la visión liviana
el medroso contorno movedizo:
si al ¡ay! que se te escapa convulsivo
con el pavor, por la techumbre hueca
oyeras del espectro fugitivo
la carcajada mofadora y seca....,
¡ay, Argentina! como yo temblaras:
noche tras noche como yo velando,
muda y transida de terror pasaras,
la aparición fatídica espiando.

ARGENTINA

Siempre, Lotario, siempre esa quimera
en tus ojos está, vive en tu mente.

LOTARIO

Siempre, sí, me persigue; eternamente
va delante de mí por dondequiera.
Los ojos llevo al sol, y allí la encuentro:
la mano al corazón, y allí la toco;
de ella giro en redor, ese es mi centro;
de mi eterno pesar ese es el foco.
¡Es una historia cruel!

ARGENTINA

¡Calla, Lotario!

LOTARIO

Horrible, ¿no es verdad?

ARGENTINA

Mas fabulosa.

LOTARIO

¡Fabulosa! ¡Óyela.

ARGENTINA

No es necesario:
¡callala, por piedad; calla y reposa!

LOTARIO

¡Reposar, y á mis ojos incesante
ese maldito esclavo se presenta,
y con calma infernal me está delante,
y del plazo fatal las horas cuenta!
¡Mírale! ¿No le ves? Con una mano,
la cerviz, de sus hombros dividida,

se sujeta tenaz...., y al castellano
con la otra ofrece mi aplazada vida.
Sí; la tengo aplazada ¿no lo sabes?
en seis meses no más.

ARGENTINA

¡Calla, amor mío!

LOTARIO

Y se van á cumplir.

ARGENTINA

¡Calla, no acabes!

LOTARIO

¡Oh! No creas que es esto un desvarío
de mi imaginación, no; escucha: ese hom-
tenía una hija, mas como él infame, [bre
sierva como él.... Zelina era su nombre.

ARGENTINA

¡Por piedad, santo Dios, amparo dame!

LOTARIO

¡A Dios invocas! Bueno; mas escucha.
Yo, que siempre te amé, llegué á Castilla
tras larga, interna y congojosa lucha
conmigo mismo; atravesé la orilla
del Arlanza una noche; á tu palacio
llegué; subí por caracol obscuro
y crucé un corredor que en el espacio
abierto estaba del macizo muro.
¿A quién buscaba yo? A ti, Argentina;
mas tú no fuistes quien á hablarme vino,
no; fué esa esclava vil, esa Zelina,
esa fatal mujer que es mi destino.

(Pausa.)

«Dame á mi padre y partirás con ella»,
me dijo. «Sea, pues.» Señaló un plazo:
seis meses. «Huye.» Huí.... ¡Contraria

[estrella,

á Francia nos guió! Tendí mi brazo,
quebranté las cadenas de ese moro,
«¡A Burgos! le grité; libre te dejo.»
Le dí caballo, lanza, guía y oro;
mas ¿qué hizo de ello?...., ¡miserable viejo!
En vez de bendecirme y de besarme
la mano liberal, mi mismo acero
levantó contra mí para matarme.
¡Ira de Dios! Lancéme yo primero

sobre él, le arranqué el hierro, á mis sol-
[dados.
«¡Matadle, dije, sin piedad! ¡Que muera!»
Pero al asirle á ello preparados,
con salvaje valor, con calma fiera,
clavando en mí fatídica mirada,
«¡Cuenta, dijo, seis meses, y es tu vida!»
y me tiró su ronca carcajada
con desprecio á la faz descolorida.

¿No la ves? Aquí está: su marca impresa
quedó en mi corazón, quedó en mi frente,
y su cabeza vil no entró en la huesa,
no, que á mis ojos la sorbió el torrente.
Allí está; pero ¿sabes lo que aguarda?
Que expire el plazo, sí; por eso mora
del agua turbia entre la niebla parda,
contándome la vida hora tras hora;
por eso de esa reja acolgajada,
en nocturna visión se desenvuelve,
y al oír mi rabiosa carcajada,
con eco funeral me la devuelve.

Mas es un sueño, sí....., mentira todo;
de su impotente predicción me río.....

(Ríe, y el eco devuelve la carcajada.)

Mas me la vuelve, sí, del mismo modo;
me la vuelve, ¿lo ves? ¡No es desvarío!

(Cae en la silla.)

ARGENTINA

Yace un momento, desdichado, en calma;
descansa en tu desmayo uno siquiera,
mientras yo lloro, desgarrada el alma,
el negro porvenir que nos espera.
¡Jenaro, pronto aquí!

ESCENA VII

LOTARIO, ARGENTINA y JENARO

JENARO

¿Qué es, Argentina?

ARGENTINA

¡Mira!

JENARO

¿Otra vez?

ARGENTINA

Y mil, y eternamente.

JENARO

Ese tenaz delirio le asesina.

ARGENTINA

Le mata ese recuerdo lentamente.

¡Sí; como siempre, á ese peñasco hueco
que está debajo, en su terror se asoma;
siempre la risa le devuelve el eco,
y él por la voz de su visión la toma!

¡Triste de mí! ¡La celestial venganza
sigue mi culpa por doquier! Lo veo.
¡Cuán desdichada soy! ¡No hay esperanza!
Morir con él, Jenaro, es mi deseo.

Mas no; yo lidiaré con mi destino,
Jenaro; sí, de Roquefort salgamos,
será menos siniestro nuestro sino
en cualquiera región donde vayamos.

La Italia, la Borgoña, la Inglaterra,
asilo nos darán; nuestra manilla
allí ocultemos, y pongamos tierra,
Jenaro, entre nosotros y Castilla.

Partamos antes que se cumpla el plazo,
y expire ese infeliz con su locura;
y antes que á Roquefort tienda su brazo
Castilla, huyamos en la noche oscura.

JENARO

Tenéis razón; partamos.

ARGENTINA

Ese anciano,
que se vuelva á Tolosa antes del día
y nuestra fuga ignore; al castellano
y al Conde nuestro rastro marcaría.

JENARO

Al punto partirá. ¡Pobre Lotario!

ARGENTINA

Déjale reposar; le es el reposo
el único calmante necesario;
calma el sueño su espíritu afanoso.
¡Duerme, bien mío! Duerme; y si, piadoso,
el cielo me concede sólo un hora,
un hora escasa de merced y amparo,
lejos de aquí nos hallará la aurora.

JENARO

¡Argentina!

ARGENTINA

¡Ay de mí! Vamos, Jenaro.

ESCENA VIII

LOTARIO, desmayado, arriba; EL CONDE, armado
y con visera; ZELINA, con velo, y HASSAM, abajo.

CONDE

¿Llegamos ya?

ZELINA

Sí, señor.

CONDE

¿Esta torre les esconde?

ZELINA

Este es su castillo, Conde;
ya estamos en Roquefort.
¿Traéis decisión?

CONDE

Me sobra.

ZELINA

¿Será fuerza recordaros.....

CONDE

Basta, mora, de reparos.

ZELINA

Pues bien: manos á la obra.

CONDE

Espera.

ZELINA

¿Dudáis?

CONDE

Escucha:
para entrar en esa torre,
poca gente nos acorre.

TOMO III

ZELINA

No necesitamos mucha.
Con la razón y el furor
que traigo, y con mi arrogancia,
no temo á toda la Francia,
cuanto más á Roquefort.
Para que esta fortaleza
se desplome á nuestros pies,
más que el poder, útil es,
señor Conde, la destreza.

No, ¡por Dios! no por medio año
la ira en mi pecho escondí,
para trocar hoy aquí

los frenos en nuestro daño.
Lenta y cautelosamente
he acechado yo mi presa,
como entre la hierba espesa
escondida la serpiente.

Busqué mi ocasión feliz;
y la busqué con tal tino,
como aquélla su camino
entre raíz y raíz.

¡Oh! Sí, la venganza es ésta;
y habrá de ser, Dios mediante,
á nuestra injuria bastante,
y á Roquefort bien funesta.
Pero si no os sentís vos
con razón harta ó coraje,
podéis deshacer el viaje,
yo cumpliré por los dos.

CONDE

Me ahoga el furor, Zelina,
sólo esas torres con ver.

ZELINA

(Con intención muy marcada.)

Y en ésa hay luz; puede ser
que esté alumbrando á Argentina.

CONDE

No me la nombres.

ZELINA

¿Por qué?

CONDE

Ese recuerdo me mata.

ZELINA

(Aparte.)

(¡Aun á esa francesa ingrata su corazón guarda fe!)
A lo que estoy, castellano,
comprendiendo en tu semblante,
no tiene brío bastante
tu corazón ni tu mano.
Mas para tu bien, te advierto
que al amor y á la venganza
va sin freno y sin templanza
mi corazón del desierto.

CONDE

(Con calma.)

Y ¿crees tú que, sin furor,
di cima á tan largo viaje?

ZELINA

Pues no olvidéis el ultraje
que os arrastra á Roquefort;
aquella noche espantosa
en que, vencedor del moro,
cambiasteis por gloria y oro
el amor de vuestra esposa.

CONDE

¡Silencio, esclava..... por Cristo!
Terrible noche fué aquélla,
y sólo yo lloré en ella
la gloria que á España di.

LOTARIO

(Pasó esa fantasma fiera.....
Respiro al fin..... ¡Ay de mí!)

ZELINA

(Siempre ese fatal recuerdo
le exaspera y atosiga.)

CONDE

Esa memoria se abriga,
vive eternamente aquí.
Sí; yo entré entonces en Burgos
al doblar de los tambores,
con más aplausos y honores
de los que soñé jamás;
pero llegué á mi palacio,
y al pasar por sus dinteles,

¡ay! mis honrosos laureles
maldije, y mi ser quizás.
Las puertas vi de mi alcázar
para recibirme abiertas,
mas nadie salió á mis puertas
para darme el parabién.
Y los siervos y las damas
que dejé en él en mi ausencia,
esquivaron mi presencia,
cual de mi gloria en desdén.
En vano me entré iracundo
por mis puertas adelante,
llamando con voz pujante
á mi gente desleal;
sólo el eco, que en las bóvedas
cóncavas se guarecía,
á mis voces respondía
con lamento funeral.
Rabioso pregunté: «¿Dónde
mi servidumbre se encuentra?»
y el eco me dijo: «Entra»;
y entró en mi alma el pavor.
Con voz exclamé doliente:
«¿Qué es de mi esposa querida?»
y el eco me dijo: «¡Ida»,
con acento de dolor.
Con voz iracunda dije:
«¿No hay quien me dé una respuesta?»
y el eco me dijo: «Ésta.»
Y ahogándome de furor,
«¿Quién, dije, en mi casa propia
me mofa con arrogancia?»
y el eco retumbó: «¡Francia!»
por el largo corredor.
Lancéme por él al punto
por un instinto guiado,
crucé el corredor aislado
y al oratorio llegué;
abrí la puerta con impetu,
y al tender dentro los ojos,
en torno al altar, de hinojos
á mis gentes encontré.
«¿Qué es esto? dije asombrado
de lo que en ella veía.
¿Pensabais, pues, que vendría
mi alcázar propio á asaltar?
¿Por qué os acogéis al templo?
¿Qué es esto, gente menguada?»
pero la turba callada,
ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que, entrándome airado
por la mansión religiosa,
y el semblante de mi esposa
no alcanzando ver allí,
así con ira del cuello
al que topé mas cercano,
y con la daga en la mano,
le dije iracundo así:
«¿Adónde está la Condesa?
Di, ó mueres tras mi demanda»,
y el eco murmuró: «Anda»,
porque aquel hombre calló.
«Hablad, por Dios, dije atónito;
vuestro dolor, ¿qué me arguye?
«¿Dó está mi Argentina?» «¡Huye!»
el eco sordo gimió.

LOTARIO

(Déjame, historia tremenda;
tu recuerdo me estremece,
hasta en sueños me parece
que te escucho por doquier.)

(Vuelve á reclinarse.)

CONDE

¡Y huía, en verdad, de Burgos;
huía de mí, Zelina!

(Desde aquí debe verse en esta escena excesivamente
marcado el secreto amor del Conde y la incertidumbre
de la mora.)

ZELINA

(¡Siempre la misma Argentina,
siempre esa fatal mujer!)

CONDE

(Siempre ese triste recuerdo
la da á la infeliz enojos,
y se agolpan á sus ojos
las lágrimas sin querer.)
¡Tú lloras, mora!

(Vuélvese de repente.)

ZELINA

Señor.....

CONDE

Zelina, á través del velo
te vi, llorar ¡vive el cielo!
al dar vista á Roquefort.

Seis meses ha, tu tristeza
te está el corazón rojendo,
y por tu llanto comprendo
que se mengua su entereza.
Seis meses ha, y no me has dicho
la razón de tu pesar.....;
si yo la he de averiguar,
nada debo á tu capricho.

ZELINA

Seis meses ha que yo sola
mi tristeza estoy sabiendo;
pero mi llanto, comprendo
que mi firmeza acrisola.
Y si en seis, de mi tristeza
no habéis dado en la razón,
no tiene mi corazón
culpa de vuestra torpeza.

CONDE

Si un corazón africano
puede al par con dos pasiones,
para dos, dos corazones
necesita un castellano.
Porque él se entrega á una sola
todo entero, y mas no avanza
hasta que entera la alcanza
con entereza española.
Conque ese llanto detén,
que si á la venganza vas,
mientras vengada no estás,
llorar tu amor no está bien.
¿Has entendido?

ZELINA

¡Quizá!

CONDE

Pues echa á un lado tu amor
y vamos á Roquefort,
que allí la venganza está.
Y pues la noche se anda
á largo paso, al rastrillo
llega, Hassam, de ese castillo,
y al castellano demanda
para esta noche hospedaje,
que fuera muy triste paso
hacernos dormir al raso
después de tan largo viaje.

HASSAM

Harélo así.

(Hassam va á subir, y se detiene al oír á la mora, que le dice:)

ZELINA

Hassam, detente,
que siento el puente crujir
y va tal vez á salir,
sin apercibirnos, gente.

ESCENA IX

LOTARIO, en la torre; EL CONDE, ZELINA
y HASSAM, ocultos.

(Bájase el puente, y salen por él Jenaro y Ginés.)

GINÉS

¿Conque me echa del castillo,
de la noche á la mitad?

JENARO

Por ese sendero echad,
y hallaréis un bosquecillo
donde podéis recogeros.

GINÉS

A fe que esta fortaleza,
más que casa de nobleza
es mansión de bandoleros.
Pero no tardará mucho
ese torrente en seguir,
que el plazo se va á cumplir.

LOTARIO

(¡Santos del cielo, ¿qué escucho?)

GINÉS

Y dígame á su señor
que rayan días mejores,
y traerán nuevos señores
al solar de Roquefort.

JENARO

¡Bueno!

LOTARIO

(¡Otros dueños aquí!

¿Quién dice tal impostura?)

(Va á acercarse á la ventana para mirar y retrocede con temor.)

(No, no, que me da pavora
esa ventana, ¡ay de mí!
no; como siempre, mi huella
saldrá ese espectro á tener....
Mis ojos no pueden ver
más que su sombra tras ella.)

(Durante estos versos Ginés desaparece. Jenaro se adelanta hasta la peña en que se apoya el puente. Hassam trepa por ella hasta colocarse entre Jenaro y el puente. El Conde y Zelina aparecen un momento después, y al huir de ellos Jenaro, da con Hassam, lo sorprenden, y mientras le atan, etc., etc., dice arriba Lotario:)

JENARO

¡Ay!

LOTARIO

¡Qué lamento! ¡Ahí está!
¡Bien decía yo: ella es!....
Esa cabeza.... Ven pues,
espectro, á mis manos ya.
Ven, aparición liviana,
de quien siempre me dividen
y á quien destrozarme impiden
los hierros de esa ventana.
Ven trae un cuerpo real,
cruza ese oscuro dintel,
y ven á lidiar con él
cuerpo á cuerpo y por igual.
Ven; no te temo así, no;
y en lucha desesperada,
con tu postrer carcajada
cantaré mi triunfo yo.

ZELINA

(Abajo.)

Ahora, por ese postigo
meted, Conde, vuestra gente.

ESCENA X

LOTARIO y ZELINA

(El Conde queda guardando á Jenaro: Hassam parte hacia el bosque: Zelina pasa el puente y entra en el castillo.)

LOTARIO

(Arriba.)

¡Oh, callas traidoramente!
No, no te atreves conmigo.

¡Cobarde! ¡Yo te provoqué,
y tú con pavor te escondes!
¡Te llamo y no me respondes!
¡Por Dios, que vales bien poco!
¡Me temes, espectro, sí,
ahora que me ves con brío!
Pues bien; yo te desafío.

ZELINA

(Entrando en la torre por la puerta del fondo.)

Pues bien, Lotario, heme aquí.

ESCENA XI

LOTARIO y ZELINA, en la torre. EL CONDE,
en el puente.

LOTARIO

Tú, tú, ¿quién eres tú?

ZELINA

¿No me conoces?

¡Yo su espíritu soy, yo soy su hija!

(Aparta el velo.)

LOTARIO

¡Mi esclava!

(En esta escena muestra Lotario la vaguedad de la demencia.)

ZELINA

Y heme aquí pronta á tus voces.

LOTARIO

Luego bajo tu forma se cobija
su ser, y en su lugar te me apareces,
pronta á mi voz....

ZELINA

Sí, sí; ya expiró el plazo,
y en vano de tus torres te guareces;
polvo las torna mi potente brazo.
¿Qué has hecho de mi padre?

LOTARIO

(Con pavor.)

¡Esclava, calla!

Duerme allí su cabeza, en el torrente,

y esa reja no más sirve de valla
entre el espectro y yo.

(Zelina va á asomarse, y Lotario la detiene.)

¡Necia, detente!

Detente, sí; ¿no ves que al asomarte
la vas á despertar, y ella, irritada,
se asomará también de la otra parte,
lanzándote á la faz su carcajada?

ZELINA

¡Miserable de ti! Ya te comprendo:
tu conciencia me venga de ti mismo.

LOTARIO

¿Me comprendes? Pues bien; lo estás oyen-
do te asomes jamás, hay un abismo. [do:

ESCENA XII

DICHOS. ARGENTINA, con velo, que al salir
por la izquierda da un grito

ARGENTINA

¡Cielos! ¿Aquí la esclava?

ZELINA

Aquí, señora:

del plazo que otorgué pasó la hora,
y heme aquí ya.

ARGENTINA

Y ¿qué quieres, desdichada!

(Señalando á Lotario.)

La mano del Señor hirió su mente,
y estás del cielo por demás vengada.

ZELINA

Condesa, ya lo sé; no quiero nada
de ese hombre, le perdono.

LOTARIO

¡Dios clemente,
tú puedes perdonarme! ¡Oh! ¿Me perdo-
Sí; viven en tu ser ambas personas: [nas?
tú acudiste á mi voz, y eres, lo has dicho,
el espíritu que habla en el torrente;
tú eres el ser de esa visión odiosa
que detrás de tu forma se cobija;

tú estás en su lugar, y generosa
tú puedes perdonarme, eres su hija.
¡Ay! Dime, por piedad, que desde ahora
no tornarás á ser sombra tirana,
ni guardarás su forma aterradora,
ni vivirás al pie de esa ventana.
¡Dímelo, por piedad! ¿Podré asomarme
á contemplar en paz esa cascada,
sin que salga tu espíritu á asombrarme,
sin que vuelva á escuchar tu carcajada?

(Hassam, seguido de muchos soldados de Castilla disfrazados de peregrinos, entra tras el Conde en el castillo durante esta escena.)

ARGENTINA

¿Lo ves? No le atormentes; vete, mora.
(Zelina se cruza de brazos con dignidad.)

ZELINA

Espero.

ARGENTINA

¿A quién?

ZELINA

A un hombre.

ARGENTINA

¿Al Conde?

ZELINA

Al Conde.

ARGENTINA

¡Te siguel! ¡Oh! Siempre sospeché, traidora,
la pasión infernal que tu alma esconde.
Le amabas, y tal vez correspondía
tu amor.

ZELINA

¡Silencio!

ARGENTINA

Y la razón es ésa
que á Roquefort te trae.....: me lo temía;
eso es, mora, tu plazo y tu promesa.

(Asoma el Conde y se detiene á escuchar al dintel de la puerta.)

ZELINA

Pues bien, yo le amo; mas grandeza
[aprende

de un corazón de esclava. Si él ahora
vuelve hacia ti sus ojos y te tiende
satisfecho su mano protectora,
á mi razón mi corazón se humilla.
Sí; ahogaré mi pasión dentro del pecho,
y á ser tu esclava volveré en Castilla.
Mas siempre, siempre atada á vuestro lecho
y tendida á los pies de vuestra silla,
noches y días viviré en acecho;
y humilde, sí, mas suspicaz leona,
yo guardaré su honor y su corona.
No lo olvidéis, Condesa: si imprudente
cedéis á otra pasión, si otra os aqueja,
vos el ángel seréis que su alma tienta,
yo el ángel tutelar que le proteja.

ESCENA XIII

DICHOS Y EL CONDE

CONDE

(Saliendo.)

¡Gracias!

ZELINA Y ARGENTINA

(De rodillas.)

¡Cielos!

CONDE

Hassam, cumple tu oficio.

ARGENTINA

¡Perdón!

CONDE

No.

(Hassam la lleva por la puerta de la izquierda.)

LOTARIO

¡Vive Dios! ¿Qué maleficio
contigo va? ¿Quién eres, extranjero
ante quien todo con pavor se humilla?

CONDE

¿Quién he de ser? El Conde de Castilla.

LOTARIO

¡El Conde! Tú y en Roquefort, ¿qué quie-
[res?

¿Qué buscas, ¡vive Dios! Conde altanero?
Si á apartarla de mí tu saña viene,
el corazón me arrancarás primero.

CONDE

No ayuda Dios á quien razón no tiene.
Hassam, ¿cumplistes?

(Sale Hassam.)

HASSAM

Sí.

CONDE

Pues desde ahora
guarda tú á Roquefort: hasta que muera,
que yazca en esta torre, y vencedora
que tremole sobre ella mi bandera.

LOTARIO

No mientras viva yo, no; será á precio
de mi sangre.

(Va á salir tras el Conde, y éste le aparta.)

CONDE

No llega á ti mi encono:
apártate, francés; yo te desprecio.

(Aun insta por salir, y Zelina le aparta también.)

ZELINA

Aparta, Roquefort; yo te perdono.

(Cierran y vanse.)

ESCENA XIV

LOTARIO

¿Qué es esto? ¡Me desprecia....., me per-
[donal
¡Perdón, desprecio! ¿A mí? ¡Por vida mía!
Mas él en Roquefort, ¿qué pretendía?
¿vengarse?..... y ¡sin venganza le abandona!
Y esa esclava, ¿á qué vino si me abona?
Sueños son de mi loca fantasía.
¡Triste, triste de mí! Sueño, deliro.....;
es ilusión cuanto oigo y cuanto miro.

ESCENA XV

Salen por el puente algunos soldados del CONDE y parten por el bosque. Después éste, y detrás ZELINA. HASSAM se asoma á la muralla. EL CONDE, al salir, se vuelve, y permaneciendo en el puente con ZELINA, le dice á Hassam:

CONDE

Con ese tercio, en Burgos escogido,
guarda el castillo, y que la Francia entera
vea sobre sus torres mi bandera.

HASSAM

Idos, Conde y señor, con confianza.

(Vase Hassam. Zelina y el Conde permanecen sobre el puente contemplándose un momento, después del cual el Conde la dice con voz solemne.)

Oye, mora: mis ojos han dormido,
mas no mi corazón; de su venganza
la pasión justiciera se ha cumplido;
ya cabe en él de amor una esperanza.

ZELINA

(Humilde.)

¡Señor!

CONDE

(Con solemnidad y señalando al cielo.)

No hay más que un Dios omnipotente.

ZELINA

(Resuelta.)

Al que vos adoréis, mi fe se humilla.

CONDE

Y ese turbante.....

(Zelina se desciñe el turbante y le tira al agua.)

ZELINA

Tráguete el torrente.

CONDE

Corona en su lugar pondrá Castilla.
Vamos.

(La toma de la mano y la mora besa la suya.)

ESCENA ÚLTIMA

LOTARIO

Oigo crujir....., alzarse el puente.....

(Se alza el puente.)

Se van. ¡Oh, era su voz, estoy seguro!.....
 La percibí entre el ruido del torrente
 hasta aquí resbalar lamiendo el muro.
 ¡Miserable de mí! Si á esa ventana
 me atreviera á llegar.... Mas ¿qué vacilo?
 ¿No era su propio ser esa africana?
 Sí, pobre corazón; late tranquilo.
 Ella es su ser; su espíritu evocado
 al brío de mi voz..... ¿Qué hay que me

[aflija?

¿Qué tengo que temer del padre airado,
 si en su nombre el perdón me da la hija?
 Nada. Voy á asomarme con fiereza,

(Se asoma.)

y á ahuyentar la visión ensangrentada.

(Con alegría pueril)

¡Oh!..... ¡No asoma, no asoma esa cabeza!
 ¡No suena, no, su horrible carcajada!
 Cede mi estrella al fin; gozo....., respiro.....,
 veo el monte y el parque....., y no aparece,
 y alejarse de mí por él los miro
 al resplandor del alba que amanece.
 ¡Son ellos! Esa mora....., ese hombre..... ¡ne-

[cio!

Idos, idos en paz, gente menguada;
 idos, y de mi orgullo y mi desprecio
 lleve el aire hasta vos mi carcajada.

(Suelta la carcajada; el eco se la devuelve. Hassam clava
 en la muralla la bandera de Castilla. Lotario retrocede
 espantado.)

¿Todavía está ahí? ¡Voz del infierno!
 ¿Todavía me escuchas? ¿Todavía
 me devuelves con eco sempiterno
 esta angustiosa carcajada mía?
 ¿Conque vives conmigo eternamente?
 ¿Conque no tiene fin este suplicio,
 ni tiene más destino ese torrente
 que el de abrirme en su fondo un preci-

[picio?

No, no: huyamos de aquí..... ¡Pronto, Ar-

[gentinal

Jenaro, ¡pronto á mí!.....

(Va á salir por la izquierda y retrocede.)

¡Cielos! ¿Qué es esto?

¡Sangre!..... ¡Argentina!..... Vil, ¡él te ase-

[sina!

¡Ya entiendo ahora su perdón funesto!
 Lo comprendo. ¡Ay de mí! No se me es-

[conde

el porvenir horrible que me espera;
 esa voz, esa sangre me responde.....

(Á la ventana.)

¡Ay! Vuelve, vuelve, detestable Conde;
 mátame, sí, mas no de esta manera.

(Cae sin sentido y concluye el drama.)

EL EXCOMULGADO

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS

